

LAS MONTAÑAS QUE FUERON DIOSES

Por FERNANDO DIEZ DE MEDINA

La Paz (Bolivia), julio 1953.
FOTOGRAFÍAS T. I. REES)



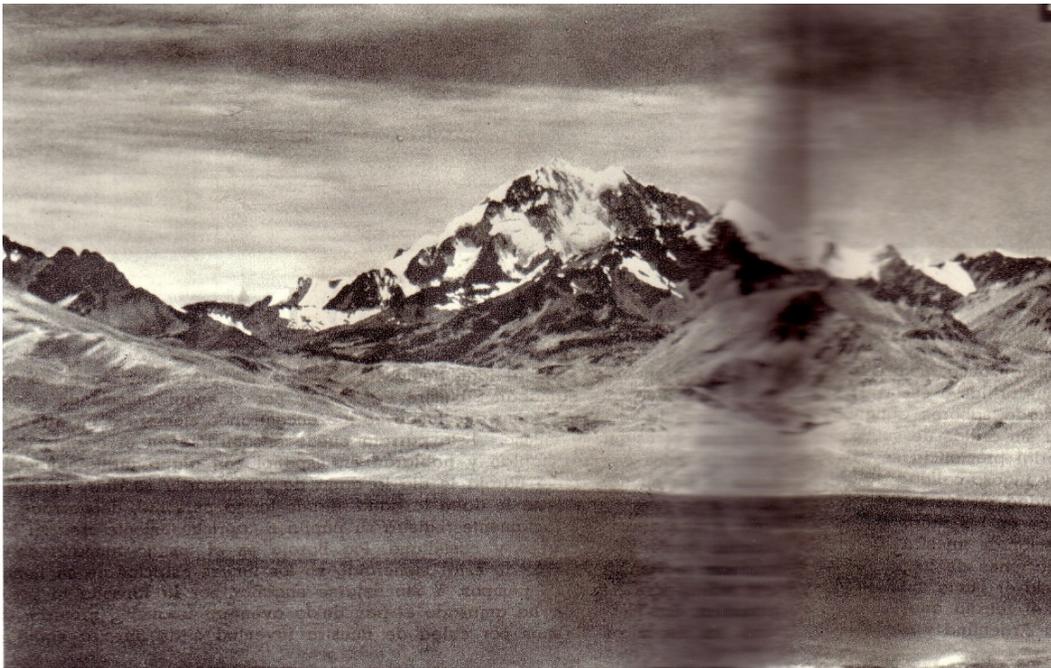
1.- El Nina-Kollo, el Cerro de Fuego, cabeza de todos los mitos cósmicos del altiplano andino, señorea con su nevada cresta. Los indios primitivos, que contemplando extasiados su majestad, le concedieron supremacía.

2.- El Huayna-Potosí dios mayor en la mitología andina, héroe de las ancestrales luchas cosmogónicas. En un principio se le llamó Ka-Kaa-Ka, que significaba en el idioma primigenio de los indios «el hombre roca».

3 Sajama, el Alejado, que, según la mitología, fué antes la cresta orgullosa del Mururata, el Descabezado, y a quien un dios castigó enviándolo de un hondazo, con su telúrica fuerza, a la cordillera occidental.

4.- Otra vez Huayna-Potosí, el imponente dios mayor, sirviendo de fondo a la laguna de Tuni, cerca de la ciudad de La Paz. El paisaje cobra aquí una asombrosa nitidez, como si fuera conjurado por el cosmos.

5.- El Illampu- el Centelleante-, otro de los dioses mayores de la cósmica mitología, fué en realidad adoratorio de los indígenas, deidad secreta dedicada a la luna, como el Illimani lo estuvo al sol, rey de los astros.



BOLIVIA es un país de cordilleras, valles y llanuras. Su vasto altiplano, que es un delta orográfico formado por el mayor encumbramiento de la cadena andina y su división en dos colosales ramales es empenachados de nieve, concentra la mayor carga demográfica y humana del país. Es verdad que el futuro se presenta promisor en sus dilatados llanos, en sus bosques opulentos, en sus valles; esa inmensa extensión territorial aun despoblada e inexplorada. Pero el presente gira en torno a las altas mesetas, donde la riqueza minera sigue siendo fuente vertebral de toda economía.

Antes que los conquistadores españoles descubrieron el Gran Perú -del que formaba parte del Kollao boliviano de las tradiciones-, los indios andinos se regían por una filosofía cósmica, ese hondísimo sentimiento telúrico que los llevó del oscuro animismo intuitivo al hiloísmo razonado y total. Adoraron los altos montes, los ríos, los lagos, los árboles, las piedras, el rayo, el relámpago, los vientos. Hoy mismo, redimido por la religión católica, el nativo cree todavía en las antiguas deidades ancestrales. Antes de beber, derrama una porción de «chicha» o de «pisco» en el suelo y dice:

-Para la «Pacha-Mama»

Es decir, para la Madre-Tierra ancestral, origen de toda vida y de todo suceso.

Las tradiciones más remotas refieren que Pacha, el dios cósmico del Ande, creó el mundo, levantó los grandes nevados, aprisionó los lagos construyó las ciudades líticas como Tiwanaku, cuyas ruinas inmemoriales visita aún el turista con admiración. Las montañas eran, pues, los «Apus», los guerreros o antepasados del ancestro. Hubo una lucha de mares y volcanes que terminó en la petrificación de los neveros, cuando Kjunu, el Destructor, en la última edad glacial, empastó las tierras y dió su actual conformación al altiplano.

¿Cuando tomaron categoría de divinidades las montañas? El indio no lo sabe. Presiente oscuramente que fué en un pasado que se pierde por remoto en las tinieblas. Pero sí sabe que cada nevado, cada monte, cada cima o gran prominencia del suelo, tuvo culto mítico particular. Así, Illimani (el Resplandeciente) e Illampu (el Centelleante), las dos cumbres insignes que cierran como dos altares de nieve el friso imponente de la Cordillera Real, fueron en realidad adoratorios del indígena, deidades secretas consagradas una al sol y la otra a la luna.

Como su concepto de la divinidad ha evolucionado, bajo la doble transformación que sufrieron bajo el inca y bajo el español- el uno le hizo creer en inti, el sol; el otro en la suprema omnipotencia del Dios de los católicos-, el indio ya no tiene el antiguo sentimiento de la pérdida religión telúrica. Ahora llama a las montañas:

-Son los -«Achachilas».

O sea, los abuelos legendarios, los bisabuelos del paisaje. Los seres omnipresentes que lo vigilan y lo rigen todo.

El Huayna Potosí, esa hermosísima pirámide de nieve que se alza al norte de La Paz, se llamó en el pasado Ka-Kaa-Ka, o sea, literalmente, el hombre-roca, o la roca que se hizo hombre, y es la clave del mito andino. Sajama (el Alejado) fué antes la cresta orgullosa del Mururata (el Descabezado), a quien castigo el dios Wirakocha enviándolo de un hondazo a la cordillera occidental. Nina-Kollo (el Cerro de Fuego) habla de la tumultuosa lejanía cosmogónica. De Illimani, la gran montaña nevada de los paceños, se refiere que es también el Cóndor Resplandeciente que presidió las sucesivas fases de la erección y hundimiento de las cordilleras.

Para el indio los vientos que bajan de las altas cumbres tienen nombres y significaciones especiales: son los enviados de la deidad.

La adoración de la montaña es el primer hito para el estudio de la teogonía americana. Cuanto más se profundiza el tema, más se ahonda el ligamen entre suelo y poblador. Acaso las fotografías que ilustran esta crónica, a pesar de la destreza de quien los tomó -un amateur: el excelentísimo señor T. Ifor Rees, ex embajador de la Gran Bretaña en Bolivia-, no den idea de la magnificencia de nuestros nevados seculares; pero quien visite el planalto boliviano y se aproxime al tremendo anfiteatro de la Cordillera Real, podrá captar el sentimiento mágico del paisaje, esa fuerza irradiante y poderoso que bajó de las cumbres para hechizar al poblador.

Las montañas que fueron dioses... Y un poeta boliviano, en sutil alarde, ha dicho:

«...canto a miríadas,
auscultad en los Andes,
nuestras illíadas...»







© Rolando Diez de Medina, 2020
La Paz-Bolivia